

La rentabilidad de la Universidad

Nunca he tenido la sensación de que la Universidad no sea rentable para la sociedad. Es más, tengo la convicción de que la Universidad proporciona a la sociedad unos bienes intangibles a corto plazo que convierten en muy tangibles a corto y medio plazo. No es fácil formar a un buen médico, aun abogado competente o a un avisado ingeniero. Como tampoco es nada fácil instruir a los futuros maestros y profesores de nuestros hijos ni resulta nada simple subir la cultura media de todo un país. Se ha confundido formación profesional con formación universitaria. Diría que se quiere convertir, ya sin tapujos, a la Universidad en una Formación Profesional Superior al servicio de la “empleabilidad”, término usado erróneamente por el ministro de Educación en lugar del término correcto, empleo. Está muy de moda el uso de neologismos sonoros que dan la apariencia de que se dice algo importante, cuando en realidad no se dice casi nada. Así ocurre con otros términos de la nueva jerga pedagógica, como nivel educativo en lugar de curso, unidad didáctica en lugar de lección, itinerario o proyecto curricular en lugar de programa, escuela inclusiva en lugar de atención a todos los alumnos, relación enseñanza-aprendizaje en lugar de dar clase, nuevas tecnologías en lugar de informática, competencia en lugar de aptitud o idoneidad, y así hasta el infinito, porque parece que con un nuevo lenguaje (¡perifrástico o con rodeo de palabras!) el cambio educativo ha triunfado. Sobre todo este sinsentido puede leerse el libro de J. L. Rodríguez Diéguez, *La jerga de la reforma educativa*, Barcelona, Ariel, 2001.

La Universidad, me temo, sigue siendo una gran desconocida, de la que todo el mundo habla y a la que nadie entiende. La Universidad se fundó para ser el lugar de creación y difusión de saberes, no para crear empleo ni mucho menos empresas. Tal labor pertenece a quienes tienen la capacidad de crearlas, sean o no universitarios. Con todo, la Universidad es en sí misma la gran empresa del conocimiento, ni más ni menos. Si esta empresa tuviera que ser rentable en términos económicos, no existiría, porque su rentabilidad se mide en bienes intangibles, como la formación y el conocimiento. Sin embargo, sin esos saberes la sociedad se estancaría y regresaría a la edad de piedra. Se ha construido una sociedad tan compleja que el hombre tiene que invertir casi toda su vida en adquirir y refrescar sus conocimientos para dominar la construcción y el funcionamiento de todo lo que no sea puramente natural: la casa que nos cobija, la luz eléctrica que nos ilumina, la comida que nos mantiene, los tejidos que nos arropan, los libros que nos forman, los aparatos que nos ayudan, las máquinas con las que nos movemos, las medicinas con las que nos curamos y tantas y tantas cosas inventadas por el conocimiento de hombres que dedicaron su vida a esta actividad “no rentable” que se llama creación del conocimiento. Internet, por ejemplo, fue creada por científicos (matemáticos, físicos e ingenieros) de dos instituciones universitarias: el MIT o Massachusetts Institute of Technology (Boston) y la Universidad de Berkeley (San Francisco, California).

La transmisión de los saberes se efectúa en la Universidad, tras la reforma del llamado Plan Bolonia, a través de tres ciclos de estudios: grado, posgrado y doctorado. El grado viene a sustituir a la antigua licenciatura en duración (ahora son cuatro años) y en enfoque (enseñanza básica más participativa y práctica). El posgrado o máster es el ciclo destinado a una mayor especialización, mientras que el doctorado se reserva para la calidad

científica. Todo este diseño queda muy bonito y así se ha puesto en práctica durante generaciones en las mejores universidades anglosajonas. Pero abrigo serias dudas de que en España se consigan los resultados positivos que la sociedad espera. Las razones son evidentes: el grado se está implantando sin recursos y con más forma que fondo; el posgrado se está improvisando con más voluntarismo que eficacia (no existen las escuelas de posgrado, sino posgrados independientes sin apenas infraestructura oficial); y el doctorado todavía no ha sido perfilado con una mínima guía propia (por ahí ronda un borrador de normativa que asusta).

Si la Universidad no es rentable en términos de economía inmediata, ¿para qué sirve la Universidad? Para mucho, porque si el universitario sale graduado con un perfil adecuado para la sociedad, la rentabilidad está garantizada. Y hoy se espera de cualquier profesional que domine más o menos la materia en la que se haya graduado, que sea capaz de trabajar solo o en grupo con ideas innovadoras y que esté dotado de unas herramientas básicas para todo trabajo especializado: dominio del inglés hablado y escrito, corrección en la expresión oral y escrita del español y conocimientos elevados de informática. Así que dedíquese la Universidad a garantizar la rentabilidad de sus graduados en lo básico y olvídense de ejercer funciones que no son propias de la esencia universitaria. La Universidad puede y debe ser rentable a medio y largo plazo, cuando lo intangible de la Universidad (conocimientos) se convierta en lo tangible para la sociedad (aplicación de los conocimientos).

Antonio Ramírez de Verger (EL Mundo, 1/08/2010)